

1

El día que iba a cambiar mi vida, fui a Londres en el tren de las 9.35. Tenía planeado hacer algunas compras. Me habían dicho que había batas chinas de rebajas: eran perfectas para cenar en casa porque lo tapaban todo. También pensaba ir a visitar a Basil, mi pequeño, que era una preocupación constante para mí. Tía Sadie me había suplicado que pasase a ver a tío Matthew, además hacía mucho tiempo que quería comentar algo con él. Había quedado para almorzar con uno y tomar el té con el otro. Era sábado, y los sábados Basil no tenía clase; estaba opositando para ingresar en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Nos íbamos a encontrar en el restaurante y después iríamos a su residencia. Lo que solía llamarse simplemente «piso» ahora se llamaba «apartamento con servicio de habitación y conserje». Mi idea era poner un poco de orden, algo sin duda muy necesario, y llevarme la ropa sucia para hacerla lavar. Cogí una gran bolsa de lona para poner la ropa y la bata china, caso de que la comprara.

Pero, ¡Dios mío!, creo que nunca he estado tan ridícula como con aquella bata china, los enormes zapatos marrones asomando por debajo, el pelo desordenado por culpa del sombrero y el bolso de cuero aferrado contra mi pecho,

porque dentro había veintiocho libras y había oído que en las rebajas robaban bolsos. La dependienta me pidió, muy seriamente, que imaginara lo distinto que sería cuando yo estuviese cuidadosamente *coiffée* y *maquillée* y *parfumée* y *manicurée* y *pedicurée*, calzando unas sandalias chinas (en la siguiente sección, 35/6) y echada sobre un sofá suavemente iluminado. Sin embargo, no sirvió de nada. En aquel momento mi imaginación no podía ponerse a trabajar sobre todas esas hipótesis. Tenía calor y estaba aburrida: me arranqué la bata y huí del descontento de la dependienta.

Había quedado con Basil unos días antes, por teléfono; como todos los chicos, Basil era incapaz de leer o escribir una carta. Estaba más preocupada por él que de costumbre. La última vez que había venido a Oxford, su atuendo era del estilo de los *teddies*, los roqueros de los años cincuenta, y el pelo, que llevaba peinado (o más bien estirado) por encima de la frente y con una melena corta en la parte de atrás, le daba un aspecto especialmente horrible. Sin duda seguía la moda y eso no era en sí mismo motivo de alarma. Pero, cuando se quedó a solas conmigo, me habló de su futuro, me dijo que la perspectiva del Ministerio de Asuntos Exteriores le aburría y que pensaba que podía sacar más provecho de su talento para las lenguas dedicándose a alguna otra carrera. La siniestra frase «hacer dinero rápido» fue pronunciada. Estaba ansiosa por volver a verle y hacerle algunas preguntas; por eso me llevé una decepción, aunque no una gran sorpresa, cuando no se presentó en el restaurante. Almorcé allí, sola, y después me dirigí hacia su apartamento. La dirección que me había dado, en Islington, resultó ser la de una bonita casa antigua venida a menos (y que sin duda acabaría completamente en ruinas). Había cinco o seis timbres en la puerta con sus correspondientes tarjetas. Uno de ellos no tenía tarjeta, pero alguien había escri-

to «Baz» al lado, en la pared. Llamé, sin demasiadas esperanzas. No hubo respuesta. Seguí llamando a intervalos.

Había en la calle un chico elegante, vestido de *teddy*, mirándome. Al cabo de un rato se acercó a mí y me dijo:

—Si es al viejo Baz a quien busca, se ha ido a España. Ya sabe: «*Rain, rain, go to Spain*».

—¿Y cuándo volverá?

—Vendrá a recoger el próximo lote. El viejo Baz es agente de viajes ahora, ¿no lo sabía? Se ha asociado con su abuelo... Alguna gente tiene suerte con su familia. Baz lleva a todo el rebaño hasta la Costa Brava, desaparece durante el tiempo que están allí y regresa con los cuerpos una semana después. O ésa es la idea... Acaba de empezar a trabajar.

¿Agente de viajes? ¿El abuelo? ¿De qué hablaba ese chico? ¿Acaso se trataba de una conversación para mantenerme allí mientras los posibles testigos desaparecían calle arriba? Pero no había nadie alrededor, estaba claro que aquel espantoso *teddy*, armado sin duda con un cuchillo, iba a por mis veintiocho libras. Puse cara de idiota y le sonreí aterrada.

—Muchas gracias —dije—, es justo lo que imaginaba. Adiós y gracias.

Upper Street quedaba cerca y en un santiamén estuve en un viejo autobús 19 que se dirigía tranquilamente hacia Piccadilly. Ése era el tipo de cosas que siempre ocurrían cuando intentaba quedar con Basil. ¡En fin, uno debía intentar ponerse en su lugar! ¿Por qué iba a querer pasar el sábado por la tarde con su vieja madre? ¿Qué aburrido debía de ser, para un joven que vivía solo por primera vez, ver a una mujer mayor trajinando por su cuarto y llevándose su ropa! Pero, de todos modos, no era propio de él desaparecer así, por las buenas. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo averiguarlo? De momento, allí estaba, en Londres, un sábado por la

tarde, sin nada que hacer hasta la hora del té. Crucé por delante de la National Gallery, pero me sentía demasiado desanimada para entrar. Decidí ir a dar un paseo por el parque, para ver si se me pasaba el mal humor.

Aunque he vivido en Londres durante largas temporadas en distintas etapas de mi vida, nunca he sido verdaderamente una londinense, así que las connotaciones que tiene la ciudad para mí son más literarias e históricas que personales. Cada vez que voy de visita, me entristezco al ver cambios para peor: la creciente falta de elegancia, la pérdida de carácter, la desaparición de edificios significativos y su sustitución por casas de cristal lisas y sin rostro. Cuando me bajé del autobús en Hyde Park Corner, miré tristemente al enorme hotel donde solía estar Montdore House, en Park Lane. Cuando lo acabaron de construir fue aclamado como un triunfo de la arquitectura moderna y, aunque sólo habían pasado tres años, ya estaba desvencijado, tenía el color de los dientes viejos y parecía extrañamente pasado de moda. Me alejé corriendo hacia Kensington Gardens: alguien me había dicho que los cuarteles de Knightsbridge iban a desaparecer pronto, así que me despedí de ellos. Nunca les había prestado demasiada atención; me di cuenta de que era un edificio sólido y bien construido, en una armoniosa mezcla de ladrillo y piedra. No era una obra maestra, pero era sin duda mejor que el pretencioso garaje que lo sustituiría. Me fijé en que el Wendy's Wishing Well había sido horriblemente reformado, y ¿qué había ocurrido con los árboles de Broad Walk? Sin embargo, Kensington Palace se mantenía en su sitio, aunque seguramente no por mucho tiempo; los ancianos excéntricos seguían haciendo navegar sus barcos de vela en el Round Pond, que, de momento, no había sido desecado y convertido en un aparcamiento.

En ese momento, empezaron a caer unas gotas de lluvia. Eran las tres y media. A tío Matthew nunca le importaba que uno llegara temprano. Decidí poner rumbo hacia su calle inmediatamente. Si estaba en casa, se alegraría de verme, si no, podría resguardarme en el cobertizo donde dejaban los cubos de basura.

Tío Matthew había traspasado Alconleigh a su único hijo vivo, Bob Radlett, y sólo se había quedado una casita estilo Regencia que formaba parte de la propiedad. Tía Sadie estaba encantada con ese intercambio. Le gustaba estar más cerca del pueblo; a la nueva casa le daba el sol todo el día y le divertía arreglarla. Y era cierto que, recién pintada de arriba abajo y decorada con los pocos muebles buenos que había en Alconleigh, se había convertido en una residencia mucho más atractiva que aquélla. Pero apenas acababan de mudarse allí cuando mi tío se enfadó con Bob: la eterna historia del viejo y el nuevo rey. Bob tenía sus propias ideas sobre la caza y la gestión de la finca, y tío Matthew estaba totalmente en contra de cualquier innovación. Su yerno, Fort William, su cuñado, Davey Warbeck, y los vecinos con los que tío Matthew todavía se hablaba le habían advertido de que aquello iba a ocurrir, pero él les había sugerido que se ocuparan de sus propios asuntos. Ahora que el tiempo les había dado la razón, tío Matthew se negaba a admitir la verdadera causa de su disgusto y se había convencido a sí mismo de que era la mujer de Bob, Jennifer, la culpable de todo: proclamó el profundo desagrado que le inspiraba y dijo que su proximidad era intolerable. La pobre Jennifer era absolutamente inofensiva; su único deseo era agradar, y esto era tan evidente que incluso el propio tío Matthew, cuando se le pedía que explicara las razones de su animadversión, no sabía qué decir. «Inútil pedazo de carne», murmuraba entre dientes. Era innegable; Jennifer era una de

esas mujeres cuya utilidad, si es que la tienen, sólo es perceptible para su esposo e hijos, pero en modo alguno merecía tal torrente de odio.

Naturalmente, tío Matthew no podía quedarse a vivir en un lugar donde corría el riesgo de encontrarse con su detestada nuera. Alquiló un piso en Londres, al que siempre llamaban La Caballeriza, y parecía sorprendentemente satisfecho en una ciudad que hasta aquel momento había evitado como a la peste. Tía Sadie se quedó tranquilamente en su bonita casa nueva, tratando a algunos amigos y ocupándose de sus nietos sin temor a ningún estallido de mal humor. Tío Matthew, que había tenido mucho cariño a sus propios hijos cuando eran niños, tenía muy mala opinión de sus nietos, mientras que a mi tía le gustaban y se sentía más cómoda con ellos de lo que nunca se había sentido con sus propios hijos.

Al principio hubo problemas domésticos en La Caballeriza. No había cuarto de servicio. Se contrató a criadas que iban todos los días, pero tío Matthew declaró que eran unas ramera; los criados olían a alcohol y eran impertinentes. Finalmente tuvo un golpe de suerte y se llegó a la solución perfecta. Un día, mientras se dirigía en taxi a la Cámara de los Lores, vio un billete de una libra en el suelo. Al salir, se lo dio al conductor, junto a lo que le debía y a una ya enorme propina (siempre dejaba unas propinas excesivas). El taxista comentó que aquello era un incordio, ya que ahora no tendría más remedio que ir a la policía a entregar el billete.

—¡No se le ocurra hacer tal cosa! —exclamó tío Matthew, reaccionando de un modo bastante sorprendente en un legislador—. Nadie lo va a reclamar. Quédeselo usted, hombre.

El taxista le agradeció efusivamente tanto la propina

como el consejo y se despidieron riendo entre dientes, como un par de conspiradores.

Al día siguiente, por casualidad, tío Matthew, después de haber llamado a la agencia de taxis del barrio (o, como probablemente la llaman ahora, al Centro de Ocio y Reposo de los Conductores Profesionales) para que le mandaran un taxi para ir a la Cámara, se encontró con el mismo individuo. Éste le dijo que, a pesar de reconocer la sensatez de su consejo, de todos modos había llevado la libra a Scotland Yard.

—Tontaina —dijo tío Matthew.

Le preguntó su nombre y a qué hora empezaba su jornada. Se llamaba Payne y estaba en la calle desde las ocho y media. Tío Matthew le dijo que, a partir de entonces, bajara la bandera al salir del garaje y se dirigiera directamente a La Caballeriza.

—Me gusta llegar a Victoria Street por las mañanas a tiempo para la apertura de las tiendas, así que este arreglo nos va bien a los dos.

Las «tiendas» (de equipamiento del Ejército y de la Marina) eran desde siempre un imán para mi tío; tía Sadie solía decir que le hubiese gustado que le dieran un céntimo por cada libra que él había gastado allí. Conocía el nombre de la mayoría de los empleados y tenía por costumbre dar un paseo por el mágico recinto, que acababa con una vista desde el puente, donde anotaba la dirección del viento. Desde La Caballeriza no se veía el cielo.

Al poco tiempo, Payne y mi tío llegaron a un acuerdo muy satisfactorio: Payne le dejaba en las tiendas, regresaba a La Caballeriza y pasaba un par de horas dedicado a tareas domésticas. Después iba a recoger a tío Matthew y lo llevaba al club o de vuelta a casa; en ese caso le iba a buscar algo de comida caliente al Centro de Ocio y Reposo, donde,

según mi tío, los taxistas se las apañaban la mar de bien. (A menudo me gusta recordar eso cuando estoy en la calle, pelada de frío, esperando que uno de ellos acabe su aperitivo y venga a recogerme.) Durante el resto del día, Payne tenía permiso para ejercer su oficio, a condición de que, después de cada carrera, llamara a La Caballeriza para ver si se le necesitaba. Tío Matthew le pagaba al contado lo que marcara el taxímetro más una propina. Decía que así no tenía que llevar las cuentas y todo era más sencillo. El sistema funcionaba de maravilla: tío Matthew era la envidia de todos, nadie estaba mejor atendido que él.

Mientras caminaba por Kensington Gore, un taxi se detuvo a mi altura. Payne iba al volante. Sin prestar atención a su pasajero, que pareció sorprendido y no demasiado contento, se asomó y me dijo, en tono confidencial:

—Su Señoría ha salido. Si quiere ir a La Caballeriza ahora mismo, le daré las llaves. Tengo que ir a recogerle al hospital St. George en cuanto deje a este caballero en Paddington.

En aquel momento el pasajero bajó la ventanilla y dijo furioso:

—Oiga, taxista, he de coger un tren, ¿sabe?

—De acuerdo, señor.

Me entregó las llaves y se marchó.

Cuando llegué a la casa, llovía mucho y me alegré de no tener que esperar sentada encima del cubo de la basura: aunque ya estábamos en julio, el día había refrescado. Tío Matthew tenía un pequeño fuego ardiendo en el salón. Me acerqué a él, frotándome las manos. La habitación era pequeña, oscura y fea, una versión en miniatura del cuarto de estar de Alconleigh. Tenía el mismo olor a leña y a tabaco rubio y estaba llena, como había estado siempre el salón de Alconleigh, de chismes espantosos, la mayoría de los cuales habían sido inventados por mi propio tío hacía años

y con los que cada vez había imaginado que se haría increíblemente rico. Estaba el Cenicero Alconcigarrillo, la Pastilla Enciendefuegos Alconllama, el Mueble para Discos Alconmelodía y el Embellecedor del Hogar, un matamoscas calado con forma de chalet suizo. Me recordaban mi infancia y las largas veladas de Alconleigh con tío Matthew poniendo sus discos favoritos. Pensé con un suspiro en lo fácil que lo habían tenido los padres y los tutores en aquellos tiempos... sin *teddy boys*, sin barbas largas, sin el equipo del Chelsea, sin herederas, o al menos sin herederas que fueran de dominio público. Visto retrospectivamente, me parecía que habíamos sido muy buenos chicos.

El té ya estaba servido, había bollos y pastas dentro de un calentaplatos de plata, y un tarro de mermelada Tiptree. En La Caballeriza siempre se podía contar con un buen té. Miré a mi alrededor en busca de algo que leer, cogí el *Daily Post* y por casualidad fui a dar con la página de Amyas Mockbar sobre París. Las pueblerinas como yo nos mantenemos al corriente de lo que ocurre en la glamurosa e intelectual Europa y en su último baluarte de ocio civilizado gracias al señor Mockbar que, cuatro veces por semana, nos cuenta los entresijos de las vidas, los amores y los escándalos parisinos. Es la lectura ideal para el ama de casa, que puede disfrutar de la crónica sin tener que codearse con los horrores humanos allí descritos; cuando deja el periódico a un lado, se siente más feliz que nunca con su destino. Sin embargo, aquel día la página era bastante aburrida, consistía básicamente en diversas especulaciones sobre el nombramiento de un nuevo embajador inglés en París. Al parecer, sir Louis Leone estaba a punto de jubilarse después de una carrera excepcionalmente larga. Mockbar siempre le había

descrito como un desastre diplomático, demasiado brillante, demasiado sociable y sobre todo demasiado pro francés. Se decía que su guapa esposa había hecho demasiados amigos en París; leyendo entre líneas quedaba claro que Mockbar no figuraba entre ellos. Pero, ahora que los Leone estaban a punto de marcharse, había tenido un inexplicable arranque de cariño hacia ellos. Quizá quisiera guardar algunos cartuchos para el nuevo sir Alguien al que señalaba con seguridad como sucesor de sir Louis.

Oí entrar el coche en La Caballeriza. Se detuvo, la puerta se cerró de golpe, el taxímetro pitó, mi tío se sacó unas monedas del bolsillo, Payne le dio las gracias y se marchó. Fui al encuentro de tío Matthew, que subía lentamente las escaleras.

—¿Cómo está mi querida niña?

Era agradable volver a ser «mi querida niña». Estaba acostumbrada a verme como una madre, y ese día era la pobre madre abandonada que ha tenido que almorzar sola. Me miré en un espejo, mientras tío Matthew se dirigía a la pequeña cocina para poner agua a hervir, mientras decía:

—Payne lo ha dejado todo preparado, sólo hay que hacer el té.

No cabía duda de que había algo en mi aspecto que hacía que «mi querida niña» no sonara demasiado ridículo, ni siquiera a los cuarenta y cinco años. Me quité el sombrero y me peiné; mi pelo estaba tan suave y ondulado como siempre, ni mate ni gris. Mi cara no tenía demasiadas arrugas; mis ojos brillaban y parecían jóvenes. Pesaba lo mismo que a los dieciocho años. Tenía una apariencia un poco anticuada, debido a que había pasado la mayor parte de mi vida en Oxford, tan fuera del mundo como si hubiera estado en el Tíbet, pero no cabía duda de que un tratamiento drástico, como por ejemplo una aventura amorosa (¡Dios me

libre!) o un cambio de aires, podría transformar mi aspecto. La materia prima estaba allí.

—Eres muy amable por haber venido, Fanny.

En aquella época veía a tío Matthew muy de tarde en tarde. No me acostumbraba a verle viejo, es decir, ya no en medio del agradable y en apariencia infinito otoño de la vida, sino sumido en lo más profundo del invierno. Lo había visto tan lleno de fuerza y de vigor, tan exuberante y desbordante de energía, que me rompía el corazón verlo ahora agarrotado y lento de movimientos, con gafas, absolutamente sordo. Hasta que no llega uno mismo a la madurez, la vejez es algo ajeno.

Naturalmente, cuando se es muy joven, toda la gente mayor nos parece vieja, y las personas realmente viejas con las que nos relacionamos, como siempre han sido así durante los pocos años (cortos para ellos, infinitamente largos para nosotros) que los hemos conocido, casi nos parecen miembros de otra especie y no seres de la nuestra en una etapa distinta. Pero llega un día en el que las personas que conocimos en su plenitud se acercan al final; entonces entendemos realmente lo que es la vejez. Tío Matthew sólo tenía setenta años, pero no estaba bien conservado. Había pasado su vida con un solo pulmón, ya que le destrozaron el otro en la guerra de los bóers. En 1914, estando ya en la reserva de oficiales, llegó a Francia con los primeros cien mil soldados y pasó dos años en las trincheras antes de ser repatriado por invalidez. Después de aquello, cazó, disparó y jugó a tenis sobre hierba como si no pasara nada. Recuerdo haberle visto a menudo, de niña, luchando por recobrar el aliento, lo que debía de ser un esfuerzo para su corazón. También había conocido el dolor, lo cual siempre envejece a las personas. Había sufrido la muerte de tres de sus hijos, sus tres favoritos. Como yo también perdí a un hijo, sé que es lo más

terrible que le puede suceder a un ser humano, pero el mío murió siendo un bebé y el vacío que dejó no es comparable a la desaparición de Linda y de los dos chicos de los cuales tío Matthew estaba tan orgulloso.

Cuando volvió con el té, con el aspecto de un viejo pastor de las montañas que hubiese invitado a alguien a su refugio, dije:

—¿A quién has ido a ver en el St. George?

—¡A Davey! Supuse que no sabías que estaba allí, ya que de lo contrario hubieses ido.

Davey Warbeck era mi tío, el viudo de tía Emily, la persona que me había rescatado de mi propia y nada maternal madre y que me había criado.

—Naturalmente que hubiese ido. ¿Por qué lo han ingresado esta vez?

No había ninguna aprensión en mi voz al preguntar por Davey; la salud era su *hobby* y pasaba media vida en clínicas y hospitales.

—Nada serio. Al parecer les sobran algunas partes del cuerpo que habían llegado de Estados Unidos congeladas, ¿sabes? Davey vino del campo para echarles un vistazo. Me ha dicho que elegir una no fue fácil, todas eran muy tentadoras. Unos cuantos metros de colon, unas buenas membranas, un ojo (¿pero dónde se lo hubiese puesto? Incluso Davey tendría un aspecto raro con tres ojos)... Finalmente, eligió un riñón. Hacía años que buscaba uno que fuera compatible con su organismo, le van a hacer un trasplante. Es para darle al otro riñón una oportunidad. ¿Quién lo hubiese dicho? Un tipo estupendo, y se hubiese muerto, ¿sabes? Pero afortunadamente tenemos seguridad social.

—Me parece excelente. ¿Cómo estaba?

—Fuerte como un toro y pasándolo pipa. ¡Los médicos y las enfermeras están tan orgullosos de él que se lo enseñan

a todo el mundo! Les pregunté si no podrían darme un pulmón, pero me dijeron que ni hablar. Caería fulminado, dijeron, por culpa del corazón. Hay que estar como una rosa, como Davey, para someterse a uno de esos trasplantes.

—Unas pastas deliciosas.

—Son del Centro, tienen un cocinero escocés. Davey me ha estado contando cosas sobre el nuevo marido de tu madre. Ya sabes que le encanta estar al corriente de todo, fue a la boda.

—¡No me lo puedo creer! La prensa fue horrible con ellos, ¿verdad?

—Eso es lo que pensaba yo, pero él dice que podía haber sido mucho peor. Al parecer, y por suerte para nosotros, tuvieron una semana muy atareada, con todas esas herederas marchándose a las colonias de leprosos y con los Docker llegando a Montecarlo. Naturalmente, lo que se publicó no era cierto. ¿Tú le has visto, Fanny?

—¿A quién? ¡Ah! ¿Al marido de mi madre? Pues no, a Alfred y a mí ya ha dejado de presentarnos a sus novios. Me parece que se han ido al extranjero, ¿verdad?

—Creo que a París. Él sólo tiene veintidós años, ¿lo sabías?

—Caramba, no me extraña nada.

—Davey dice que ella está más contenta que unas pascuas. Y que no aparenta más de cuarenta. Al parecer, tu hijo Basil también estaba en la boda. Fue él quien les presentó.

—¡Dios santo! ¿De verdad?

—Los dos son de la misma pandilla —dijo tío Matthew, y añadió pensativo—: No había pandillas cuando yo era joven. Pero da igual, teníamos guerras. Cuando yo tenía la edad de Basil me apasionaba la guerra de los bóers. Supongo que cuando no hay guerras, hay pandillas.

—¿Mi padrastro de veintidós años? Realmente, tío Mat-

thew, ni siquiera tiene gracia. ¡Madre mía! Es el abuelastro de mi hijo, ¿te das cuentas? ¿Tiene algún oficio o es sólo un delincuente?

—Davey me comentó que es agente de viajes. Supongo que por eso se han marchado al extranjero.

Las palabras del *teddy* me volvieron a la mente: «El viejo Baz es agente de viajes... se ha asociado con su abuelo». Me quedé pensativa. ¿Qué le iba a contar a Alfred cuando volviera a casa?

—Al menos eso suena bastante respetable, ¿no? —dije.

—No creas. Un tipo de la Cámara me estuvo contando cosas sobre los agentes de viajes. Dijo que eran todos unos bandidos. Se quedan con el dinero de la gente y a cambio les hacen pasar diez días en el infierno. Claro que para mí el mero hecho de ir al extranjero ya sería un infierno. Por cierto, ¿cuántos crees que ha tenido ya, Fanny?

—¿A qué te refieres, tío Matthew?

—¿Cuántos maridos ha tenido «la Desbocada»?

—En la prensa decían que seis...

—Sí, pero eso es absurdo. No han contado a los africanos, al menos ocho o nueve. Davey y yo intentamos hacer la cuenta. Tu padre, su padrino de boda y el mejor amigo de éste, tres. Después pasamos a Kenia y sus emociones: los caballos azotados y el aeroplano y el francés que la ganó en una lotería. Davey no está seguro de que se casara con él, démosle el beneficio de la duda: cuatro. Rawl y Plugge, cinco y seis; Gewan, siete; el joven (relativamente joven, porque es lo bastante mayor como para ser el padre del de ahora) que escribe libros sobre Grecia, ocho; y el niño nuevo, nueve. No recuerdo a ninguno más, ¿y tú?

En aquel momento sonó el teléfono y mi tío contestó.

—¿Eres tú, Payne? ¿Dónde estás en este momento, en los muelles de East India? Me gustaría que me trajeras el *Evening Standard*, por favor. Gracias, Payne.

Colgó.

—Te puede llevar a la estación, Fanny. Supongo que cogerás el de las 18.25, ¿verdad? Espero que no te importe llegar un poco temprano, para que él pueda estar de regreso aquí a tiempo para el cóctel.

—¿Cóctel? —dije.

Me quedé estupefacta. Tío Matthew detestaba las fiestas, odiaba a los extraños y jamás bebía, ni siquiera una copa de vino en las comidas.

—Es una nueva moda, ¿no ha llegado a Oxford? Pues no tardará, te lo aseguro. Me gustan bastante. No estás obligado a hablar con nadie y cuando regresas a casa ya es hora de irse a la cama.

Cautelosamente, sin demasiada convicción, pero segura de que era lo que debía hacer, abordé el tema que era la razón de mi visita. Le pregunté si le gustaría ver a Fabrice, el hijo de Linda que Alfred y yo habíamos adoptado. Iba al mismo colegio que nuestro Charlie. Habían nacido el mismo día y en la misma clínica. Linda había muerto, yo sobreviví y salí del hospital con dos bebés en lugar de uno. Tía Sadie iba de vez en cuando a Eton y sacaba a los niños de paseo, pero tío Matthew no había vuelto a ver a su nieto desde que era un bebé, durante la guerra.

—Oh, no, querida Fanny, muchas gracias —murmuró incómodo, cuando entendió lo que intentaba decirle—. No me interesan demasiado los hijos de los demás, ¿sabes? Dale esto y dile que no se acerque por aquí, ¿de acuerdo?

Tenía una cartera a su lado y sacó un billete de cinco libras. Mi desafortunada idea había sido como un jarro de agua fría. Nos quedamos callados y fue un alivio que llegara Payne con el *Evening Standard*.

—Son las dieciocho y seis, milord.

Mi tío le dio una libra y dos medias coronas.

—Gracias, Payne.

—Gracias, muy agradecido, milord.

—Ahora, Payne, lleva a la señora Fanny a Paddington. No corras, te lo ruego, no queremos que acabe en la cuneta, todos le tenemos mucho cariño a la señora Fanny. Y ya que sales, ¿te importaría pasar por Wyman's? Saluda al señor Barker, de la papelería, de mi parte y pídele un ovillo de cuerda, por favor. Y vuelve inmediatamente, ¿de acuerdo? Hemos de ir a casa de lord Fortinbras en Groom Place. Me han convocado a las seis y media, y no estaría bien perderse el principio.

Cuando llegué a Oxford, me sorprendió mucho ver a Alfred esperándome en el andén. Por regla general no venía nunca a buscarme y yo ni siquiera le había dicho en qué tren iba a regresar.

—¿Ha ocurrido algo? —dije—. ¿Los chicos?

—¿Los chicos? ¡Oh, querida! Perdona si te he asustado.

Entonces me dijo que le habían nombrado embajador en París.